



CyP

Revista Cambios y Permanencias
Publicación multi e interdisciplinar
orientada a los estudios sociales

Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol.11, Núm. 1, pp. 936-957 - ISSN 2027-5528

Rol de la mujer fariana: verdades contrapuestas

Role of woman in the FARC-EP: opposing truths

Angélica Julieth Baquero Flórez
Universidad Nacional de Colombia
orcid.org/0000-0002-0281-9074

HAREDES
Grupo de
Investigación
Historia
Archivística y
Redes de
Investigación



Universidad
Industrial de
Santander

Universidad Industrial de Santander / cambiosypermanencias@uis.edu.co

Rol de la mujer fariana: verdades contrapuestas¹

Angélica Julieth Baquero Flórez
Universidad Nacional de Colombia

Estudiante de Sociología, Universidad Nacional de
Colombia.

Correo electrónico: ajbaquero@unal.edu.co

ORCID-ID: <https://orcid.org/0000-0002-0281-9074>

Resumen

Este trabajo investigativo pretende difundir los relatos de vida de mujeres excombatientes farianas, con el fin de comprender sus vivencias antes y posteriormente de su alzamiento en armas, brindándole importancia al enfoque diferencial con el que asumieron las consecuencias del conflicto armado. Más aun, cuando los discursos públicos del gobierno colombiano y de los medios masivos de comunicación han generado una trivialización en torno a los papeles de las mujeres en las filas de las FARC-EP, donde las han relacionado constantemente con abortos y esclavitud sexual, cuestión que se enmarca en la memoria histórica de Colombia y que será problematizada en este texto, a partir del análisis de diferentes crónicas periodísticas e incluso, posturas académicas. Al recurrir a la historia oral por medio de los relatos de vida, se pueden confrontar verdades que contribuyan a reconocer la importancia de las memorias subalternas, visualizando factores sociales y económicos que demuestran la vulnerabilidad en la vida rural de diversas mujeres a partir de los conflictos intrafamiliares y la precarización económica, motivos que las llevaron a ingresar a este grupo armado de una manera más significativa que incluso, por una convicción ideológica.

¹ Este artículo es parte del resultado de la tesis de grado para optar al título de Socióloga de la Universidad Nacional de Colombia.

Palabras clave: conflicto armado, excombatientes, feminidad, género, memoria subalterna, relatos de vida.

Role of woman in the FARC-ep: opposing truths

Abstract

This research aims to diffuse life stories of women ex-combatants of FARC-EP Guerrilla in order to understand their experiences before and after their military uprising, spotlighting the importance of the differential approach in which they assumed the consequences of the armed conflict. This article is specifically important in the context of public speeches, either from the Colombian government or from the mass media, which have generated a trivialization around women roles in the ranks of FARC-EP. Those speeches have constantly related the ex-combatants with abortions and sexual slavery, topics related to the historical memory of Colombia and that will be discussed in this text, from the analysis of different journalistic chronicles and academic positions. The oral history approach through life stories can generate tools to contrast different truths and to recognize the importance of subaltern memories. This article visualizes social and economic factors that show the vulnerability in rural life of various women, their intrafamiliar conflicts and their economic precariousness.

Keywords: Armed conflict, ex-combatants, femininity, gender, subaltern memory, life stories.

Introducción

En Colombia se vive actualmente un proceso de posacuerdo entre el Gobierno Nacional y el ahora movimiento político Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común (FARC), donde es indispensable reconocer la importancia de esclarecer voces que se han mantenido mitificadas gracias a la postura de la historia oficial, descrita por visiones dominantes. En ese sentido, indagar sobre los roles desempeñados por las mujeres farianas es una apuesta hacia el reconocimiento de la feminidad en la guerra con todos sus silencios, desafíos y contradicciones.

La importancia de este trabajo radica en que se ubica desde un lugar de enunciación que se diferencia de investigaciones anteriores a mujeres desmovilizadas en otros contextos políticos. No hay que olvidar que las mujeres que contribuyeron con sus relatos en la elaboración de esta investigación, no se reconocen como excombatientes opositoras a lo que fue en su momento una guerrilla como las Farc, porque ahora reconocen su ideal a través de un trabajo político, como consecuencia de haber pasado por una negociación, con el fin, de generar una dejación de armas sin tener que dejar atrás su convicción ideológica.

Hacer un recorrido por los relatos de vida de estas mujeres es un espacio para conocer sus reconfiguraciones constantes en sus vidas antes, durante y después del ingreso a las armas. Entendiendo que en ellas las dinámicas del conflicto armado entendido como “un acto humano que implica una relación de poder y que por lo tanto pertenece al reino político de los asuntos humanos, y no al de los fenómenos naturales inherentes al proceso vital” (Meertens, 1995, p. 2), fueron soportadas de forma diferencial, pues no hay que olvidar que los patrones culturales en Colombia se han desarrollado bajo una perspectiva machista. Por lo tanto, el ser mujer en un contexto donde el conflicto se desenvuelve bajo una historicidad masculina, ha llevado a despertar una serie de miradas acusadoras que en muchos casos han tergiversado su accionar.

El querer esclarecer el rol de la mujer fariana tiene varios fines: el primero consiste en revisar cómo se ha venido reconfigurando este papel como mujer antes y posteriormente de su vida en las armas, para comprender cómo los contextos socio-económicos, afectivos e ideológicos son influyentes al momento de ingresar a las Farc-EP. El segundo fin, consiste en aclarar la cuestión de la feminidad dentro de las dinámicas sociales, familiares y combativas (utilizo este último término para hacer énfasis en sus relaciones en el ámbito

subversivo), sus asimetrías y liberaciones. Para esclarecer estos dos aspectos, es necesario hacer una revisión sobre las investigaciones que se han hecho en torno a las Farc con un tercer fin, y es revisar la importancia que le han dado los académicos en la construcción de la historia de las Farc, a las mujeres que han sido militantes a lo largo de la trayectoria de esta organización. También, para conocer si han replicado discursos realizados por los medios de comunicación o si se han distanciado de estos pronunciamientos.

Cuando me surgió la pregunta: ¿Cómo el conocimiento de esos roles de la mujer fariana antes y después del conflicto, contribuye a romper con los discursos oficiales sobre el mismo?, descubrí la importancia de rescatar herramientas metodológicas que aportaran a mi investigación más allá de las revisiones bibliográficas y los datos cuantitativos. Pues para darle un lugar a las mujeres que están llevando un proceso de reincorporación a la vida civil, era indispensable reconocer sus voces y trabajar a partir de ahí para conocer su punto de vista acerca de las generalizaciones que han hecho entorno a ellas. Por ello, los relatos de vida son una herramienta crucial para reconocer sus voces y sus saberes, y brindarles un lugar de difusión. Esto permite “reconocer que la marcha de la historia tiene más de procesos y de experiencias anónimas que de héroes y batallas heroicas” (Santamarina, Marina, 1993, p. 10).

Con este trabajo pretendo problematizar la memoria oficial que ha querido homogenizar las voces del conflicto armado en Colombia, reconociendo también, que la memoria termina siendo un campo de disputa entre quienes buscan ser reconocidos y aquellos que desean mantener una historia oficial, así contenga un sinfín de baches. En una coyuntura política como la que se vive actualmente en Colombia, existen figuras definidas por Jelin como ‘emprendedores de la memoria’ que “pretenden el reconocimiento social y de legitimidad política de una (su) versión o narrativa del pasado. Y que también se ocupan y preocupan por mantener visible y activa la atención social y política sobre su emprendimiento” (2002, p. 49), por lo cual, entre mayores voces sean captadas, mayor será la posibilidad de negar la homogenización de la memoria.

Problematizar el relato oficial

Indagar sobre la llegada de las mujeres a las Farc no es tarea fácil, pues las dinámicas de la guerra se han centralizado bajo una visión masculina de heroísmo y redención, donde el accionar de las mujeres pocas veces sobresale de la noción de cuidado y apoyo. Más aún, cuando no solo los medios de comunicación tergiversan y trivializan su accionar, sino que

también algunos académicos muchas veces dejan de lado la importancia de indagar sobre la posición femenina en un contexto atravesado por el conflicto armado.

Con relación a los hechos acontecidos históricamente sobre esta organización, muy poco han hablado sus mujeres protagonistas. Por lo que es más que necesario contrastar los relatos de vida de algunas mujeres farianas entrevistadas, en conjunto con diferentes informes e investigaciones académicas que han explicado desde diversas posturas el enfoque diferencial con el que las mujeres han enfrentado la guerra. Sin embargo, por cuestiones de extensión, solo pondré pequeños apartes de los relatos.

Si bien figuras como Jacobo Arenas y Manuel Marulanda Vélez en sus escritos públicos sí reconocen a la población femenina, esta es descrita en un principio solo a través de la solidaridad de las mismas, hacia el accionar del Partido Comunista Colombiano y de la forzada partida de algunos de sus miembros hacia las montañas. Sin embargo, dejaron en claro que, existió “una reacción por parte de algunos compañeros en contra del comité femenino, porque dizque allí iban a perder a sus mujeres, a sus hijas; discutiendo y haciendo valer sus derechos frente a sus esposos y compañeros” (Arenas, 1972, p. 35).

También así lo especifica el texto Cuadernos de campaña: “la organización de las mujeres en comités especiales y en el Partido Comunista tampoco satisfizo a muchos. Dizque la organización enfrentaba a las mujeres a sus familiares, las convertía en rebeldes y reclamadoras de sus derechos” (Marulanda, 2000, p. 12). Vemos entonces que ambas descripciones logran destacar que existía un miedo por parte de algunos hombres del PCC frente a las alianzas entre mujeres, pues este hecho desafiaba los parámetros establecidos bajo una cultura patriarcal y más, en un contexto campesino, donde la mujer suele estar encasillada en actividades en torno a la obediencia y la sumisión.

A su vez, escudriñando dentro del capítulo Tres “Las bases rurales de apoyo a las FARC” del libro “Las FARC: ¿una guerrilla sin fin o sin fines?”; Pécaut hace un recorrido por cinco puntos que son bastantes debatibles, pues se asemejan al discurso oficial, establecido por los medios de comunicación sobre las mujeres farianas:

1. En principio pueden tener libremente relaciones sexuales.
2. Las jóvenes parecen muy interesadas en conseguir novio, pues así se liberan del acoso de sus compañeros.
3. Los cuadros a menudo pueden aprovechar su posición para escoger las compañeras de su elección, lo que les garantiza a ellas mejor protección.

4. En caso de embarazo, las combatientes son casi siempre inducidas a abortar.
5. La experiencia de la separación (cuando han llegado a tener algún bebé) puede ser traumática e incitarlas a desertar (Pécaut, 2008, p. 83).

Con relación al primer y segundo punto, el autor lo que hace es replicar la idea machista de que las mujeres se reconocen en un principio, únicamente, por su cuerpo sexuado. Por lo tanto, en esta perspectiva, no sería difícil señalar que también han sido vistas con alto grado de peligrosidad, por la distracción que generaron en aquellos hombres que debían centrarse en sus objetivos políticos-militares. Si bien Daniel Pécaut no es un estudioso con relación al género, es bastante cuestionable que, como sociólogo, replique los patrones culturales asignados a los roles de la feminidad y no desnaturalice la cuestión del cuerpo femenino como máquina sexual.

Ya si nos remitimos al tercer punto, toca dos aspectos que siguen los parámetros de una sociedad patriarcal, pues primero afirma que, si se tiene un alto rango, se puede obtener lo que se desee, incluidas las mujeres, como si estas fueran un objeto. Segundo, las vulnera al decir que, si establecían una relación sentimental con algún miembro del cuadro, se sentían mucho más seguras, como si por ellas mismas no pudieran establecer parámetros de seguridad. Por lo tanto, se desconoce la participación activa en la perpetración del conflicto armado de diversas mujeres guerrilleras.

El cuarto y quinto punto van prácticamente de la mano, pues es la cuestión de la no-maternidad, donde el autor asegura que gran parte de las mujeres fueron forzadas a abortar, pero en ningún momento problematiza esta afirmación, aclarando de qué formas se llegaba a este hecho. También, niega la autonomía sobre los cuerpos de las mujeres. Frente a esto Castrillón hace una salvedad:

Organizaciones defensoras de derechos humanos nacionales e internacionales, entidades estatales y medios de comunicación han documentado durante los últimos años denuncias sobre abusos cometidos contra las guerrilleras, como aborto y esterilización forzados y esclavitud sexual. Esa ha sido la cara más visible de la participación de las mujeres de las FARC. *Pero no la única*” (2015, pp. 78, 79).

Si nos remitimos a un texto como “Contrapoder y justicia guerrillera: fragmentación política y orden insurgente en Colombia, 1952-2003”, se visualiza que lo que allí se recopila sobre las Farc, no sobrepasa más allá de lo que han pronunciado otros investigadores, como la cuestión de la aparición de esta guerrilla en zonas marginales, como consecuencia de la precaria presencia estatal y como oferta de solución a los problemas comunitarios en torno a

la cuestión agraria y/o laboral; la colonización sin dirección estatal y la deficiencia en los servicios públicos. Así como también, situaciones en torno al robo, el homicidio, la violencia intrafamiliar y la violencia sexual (Aguilera, 2014, pp. 207, 217). Sin embargo, no aprovecha este listado de problemáticas para explicar las causas principales de que comenzaran a ingresar mujeres de diferentes edades a las filas de las Farc.

Tal vez esta ausencia surge porque, desde un principio, el autor plantea una narrativa que lo lleva a un análisis de los constantes enfrentamientos entre guerrillas de origen campesino y organizaciones militares como la policía y el ejército, siendo las mujeres un punto casi invisible en estas dinámicas. Porque en el momento de hablar sobre las cifras de ampliación de frentes guerrilleros de las Farc, surge una generalización que no advierte a partir de qué año comenzaron a ingresar mujeres con mayor frecuencia, pues los datos se presentan de la siguiente manera: “Las FARC pasaron de tener 3.600 guerrilleros, distribuidos en 32 frentes en 1986, a 7.000 repartidos en 60 frentes en 1995. En el 2002 alcanzarían su punto más alto con 17.000 guerrilleros y 66 frentes, para luego descender a 12.515 en el 2004” (Aguilera Peña, 2014, p. 384).

Por lo tanto, la contextualización sobre el contrapoder ejercido por las Farc en su época de extensión regional y de crecimiento interno, queda corta con relación a la importancia de demostrar que ese contrapoder no solo surgió por su ideal revolucionario y contestatario en conjunto con sus estrategias militares, sino también por su trabajo con mujeres que entraron a las Farc desafiando los roles de afectividad, maternidad, sometimiento, entre otros. No solo por el hecho de utilizar camuflados y cargar un fúsil, sino también por el hecho de resistir a la adversidad de la guerra donde los desafíos se multiplican simplemente por tener una anatomía diferente a la que se suele imaginar cuando se describen héroes y villanos, desafiando, también, la cuestión del “sexo débil”.

Como ya lo vimos anteriormente, varios académicos no han incluido a las mujeres farianas de una forma que reconozca su rol activo, basado en sus propias voces. Pero, ¿qué sucede cuando estas voces se muestran a través de trabajos periodísticos? Es importante diferenciar los lugares de enunciación en los cuales han aparecido mujeres desmovilizadas de las Farc, pues al haber pasado relativamente poco tiempo a partir de la firma del Acuerdo de Paz, los trabajos con relación a las mujeres excombatientes apenas están surgiendo. Por ende, se reconocerán acá relatos de mujeres que pasaron por procesos de reincorporación,

antes del actual posacuerdo, con el fin de contrastar sus voces con los relatos de vida de mujeres farianas que sí estuvieron activas en el Acuerdo de Paz. “Sobreviviendo al infierno: Las Farc desde adentro”, es un libro que fue producido por el Ministerio de Defensa y publicado en el año 2015 –un año antes de lograr la culminación de la negociación- donde se encuentra un compilado de crónicas periodísticas, donde los protagonistas son relatos de hombres y mujeres excombatientes de las Farc. Sin embargo, las voces de los periodistas hilan el relato con el propósito de generar cierta idea frente a un actor macro, a partir de micro evidencias.

El primer relato que se halla en este libro, es una crónica titulada: “Marcada para morir”, en donde se cuenta la historia de una niña cuyo seudónimo era Natalia, quien –según el relato- fue reclutada en Bilbao, en el Tolima: “Una vez, casi muero en un bombardeo recién entrada a la guerrilla. Estaba en un sitio que le llaman La Estrella, en entrenamiento, caían las bombas cerca de nosotros y yo solo pensaba en mi mamá y mis hermanos. Me tocó tirarme por un barranco y ahí quedé lesionada de un pie. Nunca se me curó” (Ministerio de Defensa Nacional, 2015, p. 31).

Cuenta el periodista que ella tuvo un hijo con un guerrillero del que no supo nada más, luego de su embarazo. Hijo que fue recibido por una amiga de Natalia y, posteriormente, por su mamá. “Tres años después, nuevamente quedó en embarazo. Gracias a que trabajaba en el pueblo pudo evitar ser sometida a un aborto, como ocurre en todos los casos donde las guerrilleras quedan en ese estado. El nuevo niño también quedó al cuidado de la abuela materna” (p. 32). Según Castellanos, ninguno de los dos embarazos fueron descubiertos por los miembros del Frente al que pertenecía Natalia, pues de lo contrario hubiese pasado doble vez por un proceso como el aborto. En este punto surge un problema y es la cuestión de la generalización constante frente al tema del aborto forzado.

Posteriormente, cuenta que Natalia dio a luz a otros dos niños, siendo el último embarazo, descubierto por uno de los jefes de la guerrilla, pero aclara que, por la intervención de otro subversivo logró llevarlo a término. Sin embargo, dice que, tiempo después de dar a luz, ella y su familia sufrirían la persecución de las Farc por lo que consideraron una traición a su disciplina. Por lo cual, “un día fueron por ella, cogieron a uno de sus niños y le apuntaron en la cabeza, ella rogó por su vida y finalmente le dieron tres días para irse. Luego en

compañía de uno de sus compañeros de Frente, viajó a Bogotá para someterse al plan de desmovilización” (Ministerio de Defensa Nacional, 2015).

Lo más incómodo con relación a la crónica no es que se realicen una serie de denuncias, sino que el periodista constatemente interpele con su voz todo lo dicho por la protagonista, produciendo generalizaciones con argumentos superficiales. Lo mismo sucede en la televisión o en los periódicos donde utilizan el mismo hilo conductor cuando se refieren a las vivencias de las mujeres dentro de las estructuras de las Farc:

Una mujer que salió de las filas de las Farc y que fue obligada a practicarse un aborto mientras hacía parte del grupo armado ilegal contó a Noticias RCN cómo los guerrilleros interrumpieron su embarazo a los ocho meses mediante métodos violentos como la inyección de químicos y un intento de ahogarlo mientras estaba en el vientre de su madre (Canal RCN, 2013).

En reportaje con el diario El Tiempo, Vanessa García, otra exguerrillera de las Farc, denuncia que perdió su virginidad y padeció abusos sexuales desde que tenía 11 años por parte de su comandante en la guerrilla, Hernán Darío Hernández, alias el Paisa y que entre los 13 y los 18 años fue obligada a abortar tres veces (Manga, Revista Semana, 2017).

Aunque todas las voces tienen derecho a ser escuchadas, el periodismo amarillista lo que pretende finalmente, es generar especulaciones con falta de argumentos y contrastaciones. Esto es problemático en el sentido en que el “mundo social se basa en el supuesto de que, a pesar de todas las variaciones individuales, el prójimo experimenta los mismos objetos esencialmente de la misma manera que nosotros y viceversa” (Schütz, 1955, p. 318). Por ende, los medios masivos de comunicación producen un imaginario colectivo que caracteriza a las mujeres farianas en torno a su cuerpo y su sexualidad, olvidando que como sujetos políticos tienen múltiples aristas en su vida diaria.

Un paso a la memoria subalterna

Para acercarme a los relatos de estas mujeres desde sus propias voces, viajé a diferentes Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación. La primera entrevista se la realicé a Mireya en Icononzo, Tolima, donde muy amablemente accedió a compartirme cómo fue su ingreso a las filas armadas de las FARC:

Ingresé muy jovencita porque me vi en la obligación, porque no tenía para pagar la pensión, no tenía los suficientes recursos; la pensión del colegio valía 20 mil pesos y no tenía. Entonces llegaron unos muchachos y pues ellos me explicaron, dijeron que la organización era algo muy importante, que luchaban por el pueblo. Bueno, lo básico le enseñaban a uno. Pero, a nadie le ponen una pistola en la cabeza y le dicen: es que tiene

que irse con nosotros... No, a nadie... Después de que ingresé, de ahí para acá a seguir luchando, los primeros días fueron muy duros. Pero que lleven en claro que aquí no es como lo influyen, que aquí violan, que acá torturan, no, aquí es un respeto ni el más importante para la mujer.

De todas maneras, siempre me tocó unas situaciones muy difíciles: andar de noche, aguantar hambre, tomar aguüita de lentejas, agua de sal dos, tres días, cuatro días; pero me siento muy orgullosa de ser guerrillera. Le voy a contar algo que, para mí, siempre es como duro, ¿sí? Una vez yo salí a Bogotá, salí en el 2005 a tener mi hija y créame, créame que yo me sentí tan aburrida en Bogotá... porque yo miraba otro ambiente, otra vaina, y me gustaba era la selva, me gustaba era eso y yo mantenía como estresada y eso que duré solo tres meses, no me aguanté más (Comunicación personal, 2017).

Los relatos de vida como proceso metodológico son importantes de resaltar en las ciencias sociales, por el hecho de que permiten no solo al investigador sino también al lector, generar pausas reflexivas de un suceso desconocido, en este caso, la vida personal de las mujeres farianas. Cabe aclarar que lo aquí expuesto no es un medio para justificar tantos años de guerra, sino que, por el contrario, lo que busco es abrir la posibilidad de comprender por qué un grupo de mujeres decide alzarse en armas y los cambios que esto produce en los patrones establecidos sobre la feminidad. Por lo tanto, cabe destacar lo que planteó Emilio López respecto a la favorabilidad de las historias de vida como herramienta metodológica: “Intentamos profundizar en la textualización de los procesos escritos que se refieren a la vida humana, caminamos intelectualmente no solo por la demostración ni la explicación, sino por la explicación e interpretación humana de la vida” (1998, p. 12). Así mismo, aclaró que “el análisis biográfico trata de responder una cuestión fundamental: cómo hace la mujer y el hombre para dar sentido, significado a sus respectivas vidas. Se establece la metodología para captar las significaciones e intencionalidades presentes en la escritura, en la narrativa, o incluso en las formas orales” (1998, p. 13).

Otra persona que contribuyó a esta investigación, fue una mujer indígena del pueblo Arzario de la Sierra Nevada de Santa Marta, quien de aquí en adelante se llamará Manuela, pues ese fue el nombre que quiso registrar durante la entrevista realizada en el Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación, ubicado en Tierra Grata, Cesar. Ella ingresó a la guerrilla de las Farc por problemas familiares:

Yo me sentía muy sola, como si no tuviera ni padre, ni madre, me sentía huérfana. Yo lloraba y yo creo que de ese resentimiento fue que me vine para la guerrilla. Yo me cansé de los maltratos de mi papá y de la mujer de él, y como la guerrilla estaba cerca, tomé la decisión. Además, desde pequeña me gustaba la idea de portar un arma. Aquí

en la guerrilla pude aprender cosas diferentes, como eso de la política y a pensarme más cosas. Aporté desde mi trabajo para la lucha.

Los medios de comunicación dicen que nosotros reclutamos, pero eso no es así, a mí no me reclutaron, yo lo hice porque quise. A mí me iban a devolver, pero yo no quise, porque no recibían menores de edad. Las razones de ingreso son distintas a la reclusión forzada: unos porque les gustaba, otros y otras porque se enamoraban ya fuera de algún miembro, de las armas o del uniforme. Cuando ingresé a esta fila yo sentí que llegué a una familia, porque si uno va a cocinar, va junto, que si va a hacer la guardia, va junto, y así... Somos muy unidos (Comunicación personal, 2017).

En el relato de Manuela encontramos que fue una niña que sufrió vulneraciones en su núcleo familiar, hallando en la guerrilla una forma de escape e incluso de desarrollo personal, pues vio en el uniforme y en las armas, herramientas de poder, encontrando, incluso, una salvación a lo que podría llegarla a perjudicar aún más si se quedaba en casa. Estas cuestiones llaman la atención, pues se zafan de los relatos públicos difundidos por medios oficiales y llena de matices lo que se ha conocido como reclutamiento forzado.

Esto mismo lo reitera el relato de Sandra Ramírez actual Senadora de la República, cuando me dejó entrar un poco en su pasado y me describió cómo la guerrilla le brindó un destino diferente a lo que ella esperaba por tradición:

Un día mi familia decidió cambiarse de hogar, buscando otras oportunidades, entre esas, educación para cada uno de sus hijos e hijas. Sin embargo, no fue lo esperado, pues la situación económica no surgió de la mejor manera, por lo tanto, no se pudo seguir pagando la escuela y las mujeres tuvimos que retomar las actividades diarias entre la cocina y el cuidado de los niños. Yo no podía creer eso, por eso cuestioné mi destino y más lo hice, cuando por mi casa pasó un grupo armado, liderado por una mujer que se notaba que era comandante, yo sentía ese empoderamiento cuando la veía mandando hombres y mujeres por igual. ¿Acaso eso es posible? Me preguntaba mientras observaba a esta mujer armada. Sentí una profunda admiración y quise ser como ella, pues me di cuenta que no todas las mujeres estaban hechas para cumplir con el sistema patriarcal. Por eso, un día les pedí a los muchachos que me dejaran ser como ellos, pero al principio me lo negaron, porque me dijeron que yo era quien debía cuidar a mis hermanos. Pero insistí y luego me aceptaron. Ingresé a los 16 años de edad.

Para darse lugar como mujer en una organización política y militar que estaba estructurada bajo un racionamiento masculino y más por su origen campesino colombiano, donde la mirada patriarcal se encuentra explícita e implícitamente marcada en los roles que se le otorgan tanto a hombres como a mujeres, era necesario poner sobre la mesa la importancia de los derechos y los deberes. Por eso, la disciplina al ser el eje central la lucha revolucionaria, se sabía que se podía ejercer el derecho a realizar múltiples tareas, desarrollando tanto destrezas físicas, como mentales. Siempre en pro de la organización.

Claro que, en medio de la guerra lo que buscaban los medios de comunicación era fijar enemigos. Por lo tanto, al mostrar a las Farc como un ejército abusador de mujeres, lograba su objetivo. ¿Pero usted cree que, nosotras como mujeres, con entrenamiento militar íbamos a dejar que nos tocaran sin autorización? O dígame ¿Usted cree que una mujer que ha sido violentada en un aborto producido con alambres iba a sobrevivir? No, las cosas no son así. En medio de la violencia, ¿cómo vamos a tener hijos? No se puede, es cuestión de seguridad y practicidad. Varias de nuestras mujeres tuvieron abortos, pero no de la forma que lo han publicado, sino de formas dolorosas, en medio de combates y de cercos militares que nos hacían los del ejército. Del susto, el bebé se les salía (Comunicación personal, 2019).

En ese instante, Sandra quiso dibujarme un pequeño croquis para explicarme cómo el ejército implantaba los cercos militares en una operación como la que se realizó en Casa Verde, suceso que se ejecutó desde aire y tierra, impidiendo que las mujeres que en ese momento se encontraban en estado de embarazo pudieran salir de esa zona, solo muy pocas, lograban escapar y hallar refugio en hogares campesinos que les cuidaban y atendían el parto. Sin embargo, este llegaba a ser en muchas ocasiones un peligro latente.

El ejército al hacer revisiones al interior de estos hogares encontraba a estas mujeres que sabían eran externas al núcleo familiar, por lo tanto, las revisaban y encontraban en sus cuerpos las características de una mujer guerrillera, pues en sus hombros se marcaban los tirantes del equipo que cargaban en sus marchas, así como sus manos se diferenciaban por texturas y color de uñas. Por lo tanto, eran encarceladas y judicializadas, perdiendo todo contacto con sus hijos. Bienestar Familiar hasta el día de hoy no ha querido clarificar los paraderos de muchos niños que nacieron en el marco del conflicto armado, hijos de mujeres farianas. Esto se lo digo para que comprenda que estas mujeres no tenían garantías para ser madres ni mucho menos para proteger a sus hijos.

Al ser una organización que se creó en un total de hombres, estos temas de la planificación no eran de discusión. Sin embargo, cuando comenzamos a llegar mujeres empezamos a plantearnos este tema, pues muchas buscábamos la forma de planificar, aún sin tener mucho conocimiento, por eso en los años ochenta en la Octava Conferencia se discutió este tema y logramos que todas las mujeres apenas ingresaran a la organización debían tener derecho a planificar de diferentes maneras, según como el cuerpo lo aceptara. Esto se realizó a mediados de los años 80's, donde se comenzó a tener presente en la organización la figura femenina (Comunicación personal, 2019).

Las narraciones de las tres protagonistas, Mireya, Manuela y Sandra son la muestra de que existen historias más allá de la opinión pública, (vista desde los medios de comunicación masivos y la postura del Gobierno), la misma que ha tergiversado la historia del conflicto armado colombiano, pues no basta con mostrar solo una cara de las múltiples que hay, en un suceso determinado. Por este motivo es indispensable reconocer que:

Hay memorias oficiales alimentadas por instituciones, incluso Estados, y memorias subterráneas, escondidas o prohibidas. La 'visibilidad' y el reconocimiento de una memoria dependen, también, de la fuerza de quienes la portan. Dicho de otra manera, hay memorias 'fuertes' y memorias 'débiles'” Por lo tanto, “como memoria e Historia no están separadas por barreras insalvables, sino que interaccionan permanentemente, surge una relación privilegiada entre las «memorias fuertes» y la escritura de la Historia. Cuanto más fuerte es la memoria —en términos de reconocimiento público e institucional—, más el pasado de la que es vector deviene susceptible de ser explorado y elaborado como Historia (Traverso, 2007, pp. 48 y 55).

Esto que plantea Enzo Traverso describe por qué es necesario escuchar las voces subalternas en un proceso de reconstrucción de verdad o de verdades y así poder hacer más incluyente la memoria histórica. Donde no solo se afirme que las mujeres farianas han sido objeto de esclavitud sexual o de aborto clandestino, sino que también se reconozca su identidad como mujer subversiva, entendiendo esta expresión por medio de los sucesos que marcaron sus vidas antes y posteriormente de su alzamiento en armas. Dentro de este proceso, también es resaltante cuestionar la feminidad, la misma que ha puesto a la mujer en un rol vulnerable y delicado. Esto corresponde al desenvolvimiento cultural del sexismo el cual consiste en una simple antipatía hacia las mujeres (Moya, M.; Páez, D.; Glick, P.; Fernández, I.; Poeschl, G., 2002). Cabe aclarar que este concepto según Glick y Fiske (1996), se conforma a partir de dos nociones, el sexismo hostil y el sexismo benévolo, siendo el primero el que se construye a partir de una visión negativa hacia las mujeres, lo cual favorece la construcción de estereotipos de superioridad, encabezados por los hombres. El segundo, consiste en limitar a las mujeres en ciertos roles, siendo eje central la afectividad, pues las muestran como madres y esposas cuidadoras (Citado en Moya, M., et al, 2002.), lo cual produce que el sexismo sea una mezcla de rechazo hacia la mujer (cuando esta no demuestra ser una persona afectiva y benévola) y encasillamiento del rol de la mujer en una perspectiva de cuidado maternal.

Conclusiones

Definir sociológicamente el concepto de rol implicaría entenderlo como “los actos que son ejecutados en la 'vida cotidiana' que forman parte de un sistema de planes que conforman el proyecto de vida del actor. Así, cada actor establece, más o menos, un proyecto de acción para cada momento de su vida” (Schütz, 1955, p. 318). Por lo cual, han existido roles diferentes otorgados tanto a hombres como mujeres creando conceptos como masculinidad

y feminidad que son construcciones culturales e históricas, mas no de índole natural ((Thomas, 2001), siendo esta una afirmación que es concreta si se reconoce la reconfiguración por la que pasaron mujeres farianas una vez ingresaron a la vida política y armada.

Como vimos en los fragmentos de los relatos de vida, estas mujeres pasaron por transiciones que las llevaron a cuestionarse su rol como mujeres, pues no querían seguir los patrones impuestos culturalmente por lo cual vieron en el accionar subversivo una reivindicación femenina. Pasaron de realizar tareas –sobretudo- domésticas y de soportar sometimiento ya fuera de algunos de sus familiares o de grupos armados, a replantear desde su vestimenta hasta su convicción política. Se encontraron con una ideología y una estructura que, aunque vertical, les brindó desempeñarse en diferentes especialidades que históricamente les han sido asignadas a los hombres. Por este motivo, muchas mujeres farianas aseguran de diversas formas que “el amor a un arma es el mismo amor a un hombre” (Comunicación, personal, 2019).

Esto responde a que el fusil era una compañía constante que les permitía desafiarse a ellas mismas: responder a su peso, manejar una táctica militar y combatir en igualdad con los hombres. Aunque un arma carga con un estigma gigante y más en un contexto de guerra interminable como en Colombia, estas mujeres hallaron en su fusil, una posibilidad de darse a respetar ante el enemigo y también ante sus compañeros. Otro aspecto que replanteó la feminidad naturalizada, fue la maternidad vista no como un propósito sino como un obstáculo en las dinámicas del combate. Por lo que, la planificación fue determinante para las mujeres en la organización, cosa que para muchas de ellas no hubiese sido posible en su mundo familiar cotidiano, porque la educación sexual en Colombia es precaria, sobre todo en las zonas rurales de difícil acceso. Sin embargo, esto fue satanizado por diferentes informes periodísticos e incluso académicos, que se referían a una planificación forzada, dañina para los cuerpos femeninos, a pesar de que varias de ellas encontraran en la planificación una herramienta absolutamente necesaria.

Se supondría por las construcciones que se han hecho en torno a la maternidad, que ser madre significa brindarle a su hijo protección, cariño y valores. Sin embargo, esto no sucedía si una mujer fariana -por fallas o ausencia de planificación- llegaba a quedar en embarazo, pues en medio de un conflicto constante con sus antagónicos, el entorno no estaba dado para

proteger a una criatura recién nacida. Mucho menos en condiciones de precariedad alimenticia. Por lo tanto, su rol no iba a ser el de madre afectiva y sobreprotectora, pues si daban a luz a un bebé era necesario entregarlo a quien lo pudiera criar, así fuera a la familia con la que ellas habían tenido choques en su infancia.

Por eso, el legrado era una viabilidad para algunas de ellas, pues su proyecto de vida no estaba encaminado hacia la maternidad. Esto lo digo desde las voces que pude escuchar, pues ninguna me aseguró desde su experiencia personal haber sido forzada a abortar, sino todo lo contrario, veían en el aborto una posibilidad para desviar su destino de los parámetros establecidos socialmente. Solo aclaraban que en algunos Frentes se cometían errores, pero que no podían asegurar con certeza de que el aborto forzado fuera una práctica constante.

Por lo que su rol dentro de la guerrilla no se establecía en medio de la maternidad y el cuidado del hogar, sino por los parámetros establecidos por comandancia y por los estatutos que reglamentaban el accionar de la organización. Por ende, debían responder por prácticas militares y de sobrevivencia: realizar tareas de agricultura; construir chontos, guacas, cambuches; manipular la fabricación de explosivos; aprender a especializarse en temas médicos con relación a la farmacia, la enfermería y la odontología. E incluso, algunas se desempeñaban como fotógrafas o en el área de comunicaciones, redactando cada documento de importancia.

Si bien lo que alcancé a notar según la narrativa de estas mujeres, es que según los Frentes las especialidades se manejaban de forma diferente, tampoco puedo medir con exactitud el porcentaje de mujeres que lograron comandar y dar órdenes. Sin embargo, hubo casos en que afirmaban que llegar a ascender era una cuestión de disciplina y obediencia, pero que en muchos casos por la misma cultura machista que atraviesa la realidad colombiana, muchas mujeres no se sentían seguras de llegar a estos cargos, existiendo asimetrías en las estructuras militares.

Mientras que actualmente, su rol como mujer en el proceso de reincorporación es bastante diverso. Haciendo últimamente un trabajo de campo en el ETCR “Héctor Ramírez” en Montañita, Caquetá, pude observar cómo las dinámicas entre los y las excombatientes han cambiado con relación a mis visitas en el año 2017 a los ETCR en Icononzo y en Tierra Grata. Pues en ese entonces se veía con mayor claridad el trabajo colectivo, tanto en la cocina, como a la hora del aseo, en el baño colectivo. Cosa que vi transformada en el Caquetá, pues

ya había varias familias conformadas y algunas mujeres tenían más de un hijo pequeño. Y al estar ya el hogar determinado, la privacidad ha empezado a jugar un papel indispensable, donde cada quien toma sus propias decisiones sin esperar una orden. Por lo que ya no tienen tiempos establecidos para cada acción, sino que pueden quedarse viendo televisión o durmiendo hasta tarde.

Esto lo confirmó una excombatiente que lidera el Comité de Género en el ETCR de Montañita, quien contaba lo problemático que se había vuelto el hecho de que los y las excombatientes ya no le prestaran atención al trabajo colectivo, pues según ella, se habían vuelto conformistas con la asistencia de los 700 mil pesos que reciben mensualmente por parte del gobierno, por lo cual, la pereza se estaba volviendo un impedimento para el desarrollo de los planes propuestos porque, al parecer, “la convicción política estaba mediada por la autoridad militar” (Comunicación personal, 2019).

Sin embargo, este suceso es consecuencia de llegar a un mundo donde los límites son casi invisibles, donde la verticalidad de mando ya no es indispensable, porque a la final individualmente está cada quien llevando su proceso de transición. Por lo que también, siguen existiendo mujeres que lideran proyectos de cooperativas, de educación y de reconocimiento de género, siempre bajo una ideología revolucionaria. No hay que olvidar que actualmente en el Senado de la República se encuentran dos mujeres farianas que también son de gran importancia para el Partido Político Farc: Victoria Sandino y Sandra Ramírez, quienes al ocupar cargos parlamentarios le dan otro sentido a sus roles como mujeres.

Por lo tanto, para reconocer estos roles fue indispensable trabajar a partir del recuerdo y de la memoria no solo individual sino también colectiva, aquella que en palabras de Halbwach, “recompone mágicamente el pasado” (2011, p.13), pues se encarga de hilar los sucesos ocurridos atrás y traerlos al presente en medio de la significación de varias voces, lo que genera que se pueda cuestionar los roles otorgados históricamente.

Las voces de las mujeres son fundamentales en un proceso de historia oral que busca problematizar la historia oficial -en este caso- del conflicto armado en Colombia. Porque han sido atravesadas por distintos hechos que las han diferenciado de los hombres que eternamente han sido protagonistas en las historias bélicas, demostrando que su sentir y su pensar pueden desafiar una estructura patriarcal si se organizan y se disputan un reconocimiento en la memoria y la historia del país.

Por último, debo reconocer que este es un trabajo que explora la intersubjetividad, entendiéndola como “una relación dialéctica entre la investigadora y las investigadas, que permita a la investigadora comparar su trabajo, desde y sobre “las mujeres”, llevando a una “conciencia de género” en los procesos de interacción y representación/interpretación de los resultados (Meertens, 2000). Porque, además de hacer una indagación de referencias bibliográficas en búsqueda de analizar qué tanto los académicos han reconocido el papel de las mujeres en las Farc, el llegar a indagar en campo, es una experiencia completamente diferente. Porque los relacionamientos se vuelven mucho más horizontales y con el hecho de percibir las expresiones corporales, se puede notar qué tantos baches puede tener la historia relatada. Además, los relatos de vida de las personas que por diversos motivos estuvieron involucradas en los hechos fulminantes del conflicto armado colombiano, pueden transmitir a quien los escucha, diferentes sensaciones, que conllevan a un proceso de concientización de la humanidad en la guerra.

Bibliografía

- Aguilera Peña, M. (2010). *Las FARC: la guerrilla campesina, 1949-2010: ¿ideas circulares en un mundo cambiante? Actores armados y población civil*. Bogotá, Colombia: Corporación Nuevo Arco Iris.
- Aguilera Peña, M. (2014). *Contrapoder y justicia guerrillera. Fragmentación política y orden insurgente en Colombia (1953- 2003)*. Bogotá, Colombia: Penguin Random House Grupo Editorial, SAS.
- Alfonso, C., y Beristain, C. M. (2013). *Memoria para la Vida. Una comisión de la verdad desde las mujeres para Colombia*. Bilbao, España: Universidad del País Vasco. Recuperado de <https://www.rutapacifica.org.co/descargas/comisionverdad/memoriaparavida.pdf>.
- Amador-Baquiro, J. (2010). El intersticio de la víctima-victimario: un análisis de los procesos de subjetivación de cuatro desvinculados de grupos armados en Colombia. *Universitas Humanística*, 69(69). Recuperado de <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/univhumanistica/article/view/2290>
- Arenas, J. (1972). *Diario de la resistencia de Marquetalia*. Bogotá, Colombia: Ediciones Abejón Mon.
- Beltrán, M. Á. (2015). *Las FARC-EP (1950-2015): Luchas de ira y esperanza*. Bogotá, Colombia: Ediciones Desde Abajo.
- Berger, P. y Luckman, T. (1979). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores.

- Bertaux, D. (1999). El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades. *Proposiciones*, 29, 1-23.
- Blair, E., Londoño, L. M., Nieto., Y Espinal, V., & Galeano, B. (2003). *Mujeres en tiempos de guerra*. Medellín, Colombia: Instituto de Estudios Regionales INER.
- Castrillón, G. Y. (2015). ¿Víctimas o victimarias? El rol de las mujeres en las FARC. Una aproximación desde la teoría de género. *Opera*, 16(16), 77-95.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2013). La dimensión conceptual del trabajo de memoria. En CNMH, *Recordar y narra el conflicto. Herramientas para construir memoria histórica* (pp. 22-61). Bogotá, Colombia: Imprenta Nacional de Colombia.
- Cifuentes, M. R. (2009). La investigación sobre género y conflicto armado. *Eleuthera*, 127-164.
- Cordero, M. C. (2012). Historias de vida: Una metodología de investigación cualitativa. *Revista Griot (Etapa IV-Colección completa)*, 5(1), 50-67.
- El Tiempo. (10 de marzo de 2005). *El Tiempo*. Recuperado de <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1685688>
- Foucault, M. (1981). *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1984). Una entrevista: sexo, poder y política de identidad. *Publicada en The Advocate* 400.
- Lara, P. (2000). *Las mujeres en la guerra*. Bogotá, Colombia: Editorial Planeta Colombia S.A.

- Londoño, L. M. (2005). La corporalidad de las guerras: una mirada sobre las mujeres combatientes desde el cuerpo y el lenguaje. *Revista de estudios sociales*, (21), 67-74.
- Mallimaci, F., y Giménez, V. (2006). Historias de vida y método biográfico. *Estrategias de investigación cualitativa*, 1, 23-60.
- Marinas, J. M., Santamarina, C. (1993). *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid, España: Editorial Debate S.A.
- Marulanda Vélez, M. (2000). *Cuadernos de Campaña*. Colombia: CEDEMA. Recuperado de <http://www.cedema.org/uploads/CuadernosdeCampana.pdf>
- Meertens, D. (1995). Mujer y violencia en los conflictos rurales. *Análisis político*, (24), 1-16.
- Meertens, D. (2000). Género y violencia. Representaciones y prácticas de investigación. En Á. I. Robledo., y Y. Puyana Villamizar, *Ética: masculinidades y feminidades* (pp. 37-55). Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia. CES.
- Medina Gallego, C. (2009). *FARC-EP Notas para una historia política 1958-2006*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales. Grupo de Investigación en Seguridad y Defensa.
- Medina Gallego, C. (2011). *FARC-EP Flujos y reflujos: la guerra en las regiones*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- Ministerio de Defensa Nacional. (2015). *Sobreviviendo al infierno: Las Farc desde adentro*. Bogotá, Colombia: Imprenta Nacional de Colombia.
- Moya, M., Páez, D., Glick, P., Fernández, I., y Poeschl, G. (2002). Masculinidad-feminidad y factores culturales. *Revista española de y Motivacion y Emoción*, 3, 127-142.

- Pécaut, D. (2008). Las bases rurales de apoyo a las Farc. En *Las FARC: ¿una guerrilla sin o sin fines?* (pp. 69-88). Bogotá, Colombia: Grupo Editorial Norma.
- Pérez, B. T., Tobar, R. V., y Márquez, G. S. (2016). Etnografías de los contactos. Reflexiones feministas sobre el bordado como conocimiento. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, (26), 47-67.
- Pérez, I. Q. (2016). Del reconocimiento individual a la colaboración. Posicionando la idea de co-creación. *Revista Central de Sociología*, (5), 123-136.
- Prado, M. O., Baracaldo, P., Arboleda, L., y Escobar, A. (2014). Relatos de vida de mujeres desmovilizadas: Análisis de sus perspectivas de vida. *Informes Psicológicos*, 14(1), 109-128.
- Scheper-Hughes, S. (1992). La corporalidad de las guerras: una mirada sobre las mujeres combatientes desde el cuerpo y el lenguaje. Barcelona, España: Editorial Ariel, S.A.
- Schütz, A., y Luckmann, T. (1973). *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores.
- Shütz, A. (1972). *El problema de la realidad social. Escritos I*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores.
- Tedeschi, L. A. (2012). *Alguns apontamentos sobre historia oral, gênero e história das mulheres*. Dourados, Brasil: Editoria UFGD.
- Thomas, F. (2001). *La mujer tiene la palabra*. Bogotá, Colombia: Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, SA.

Thompson, P. (2004). Historia oral y contemporaneidad. *Historia, memoria y pasado reciente* (20), 15-34.

Traverso, E. (2007). *El pasado. Instrucciones de uso. Historia, memoria, política*. Madrid, España: Politopías.

Vásquez Perdomo, M. E. (2003) *Mujer y violencia* Barranquilla, Colombia: Fundación Mujer y Futuro, Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los refugiados, Cedesocial.